





LAS DUEÑAS DE LA PELOTA

*Cuentos de fútbol
escritos por mujeres*





LAS DUEÑAS DE LA PELOTA

*Cuentos de fútbol
escritos por mujeres*

Selección y prólogo

CLAUDIA PIÑEIRO

Esther Cross

Ana María Shua

Gabriela Saidon

Betina González

Gabriela Cabezón Cámara

Selva Almada

Alejandra Laurencich

Alejandra Zina

Claudia Piñeiro

Sandra Lorenzano

Débora Mundani

María Rosa Lojo

Susana Swarcz

Fernanda García Lao

Las dueñas de la pelota / Esther Cross ... [et.al.] ; con prólogo de Claudia Piñeiro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2014. 248 p. ; 14x22 cm.

ISBN 978-950-02-0787-4

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Cross, Esther II. Piñeiro, Claudia, prolog. CDD A863

Las dueñas de la pelota

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo
© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
E-mail: editorial@elateneco.com

1ª edición: mayo de 2014

ISBN 978-950-02-0787-4

"Prólogo", © Claudia Piñeiro, 2014
"Matosas", © Esther Cross, 2014
"Fútbol era el de antes", © Ana María Shua, 2014
"La voz del estadio", © Gabriela Saidon, 2014
"El gol de la muerte según Clara Abel", Betina González, 2014
"La guacha redonda", © Gabriela Cabezón Cámara, 2014
"Off side", © Selva Almada, 2014
"Alma negra", © Alejandra Laurencich, 2014
"La princesa enamorada", © Alejandra Zina, 2014
"La madre de Mariano Osorno", © Claudia Piñeiro, 2014
"El Mundial y la patria", © Sandra Lorenzano, 2014
"Poda", © Débora Mundani, 2014
"Cambiar de equipo", © María Rosa Lojo, 2014
"El silbato", © Susana Swarc, 2014
"Patricio se bifurca", © Fernanda García Lao, 2014

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Diseño de interiores: María Isabel Barutti

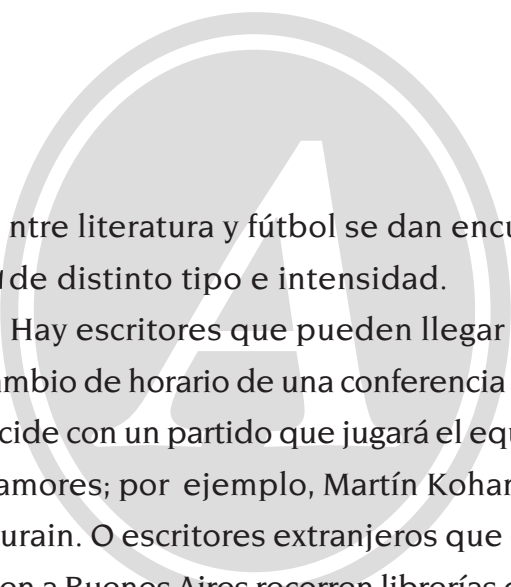
Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en mayo de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

PRÓLOGO
Claudia Piñeiro







Entre literatura y fútbol se dan encuentros de distinto tipo e intensidad.

Hay escritores que pueden llegar a pedir el cambio de horario de una conferencia porque coincide con un partido que jugará el equipo de sus amores; por ejemplo, Martín Kohan o Juan Sasturain. O escritores extranjeros que cuando vienen a Buenos Aires recorren librerías de viejo buscando libros de Osvaldo Soriano, de quien son seguidores a partir de sus famosas columnas sobre fútbol del diario italiano *Il Manifesto* en la década del ochenta; por ejemplo, Alessandro Baricco. También hay escritores que, cuando llegan a un hotel en la ciudad del mundo que

sea, lo primero que averiguan en conserjería es en qué canal transmiten los partidos del Barça; es lo que hace Juan Cruz Ruiz. Escritores que viajan a un Mundial de fútbol no para salir a la cancha, sino para dar charlas sobre literatura y fútbol, como Sergio Olguín que, invitado por su editorial alemana Suhrkamp durante el Mundial de Fútbol Alemania 2006, dio conferencias en las ciudades sede del torneo. O escritores que organizan partidos de fútbol paralelos a festivales literarios, partidos tan convocantes como la literatura misma. Ejemplo: el partido que se desarrolló en la playa de Cartagena durante el Hay Festival 2007, del que Guillermo Martínez salió con una mano quebrada.

Pero, por sobre todo, escritores que le han dedicado gran parte de su producción literaria a historias relacionadas directamente con este deporte.

Ejemplos locales: Roberto Fontanarrosa (*Puro fútbol*, *El área* 18), Osvaldo Soriano (*Fútbol. Memorias del Míster Peregrino Fernández y otros relatos, Arqueros ilusionistas y goleadores*), Juan Sasturain (*El día del arquero*, *Wing de Metegol*), Eduardo Sacheri

(*Lo raro empezó después, cuentos de fútbol y otros relatos, Papeles en el viento*), Martín Caparrós (*Boquita*).

Ejemplos visitantes: el uruguayo Eduardo Galeano (*El fútbol a sol y a sombra*), el mexicano Juan Villoro (*Dios es redondo*), los españoles Javier Marías (*Salvajes y sentimentales*), Camilo José Cela (*Once cuentos de fútbol*) o Manuel Vázquez Montalbán (*Fútbol, Una religión en busca de Dios*), el inglés Nicky Hornby (*Fiebre en las gradas*).

Pero el encuentro se da también en relación inversa. Protagonistas de este deporte que se permitieron incursionar en el arte de escribir, como Jorge Valdano (*Cuentos de Fútbol*) o Ángel Cappa (*Hagan juego*). Y el encuentro de mayor belleza poética: futbolistas, jugadores o directores técnicos, que nos han dejado frases de antología. “En la altura, la pelota no dobla”, dicha por Daniel Passarella en Quito después de que Argentina perdiera contra Ecuador en las eliminatorias para el Mundial 1996 en Francia. O la famosa frase de Diego Armando Maradona después del partido homenaje por su despedida del fútbol en 2001: “Yo me equivoqué y pagué, pero la pelota no se mancha”. O aquella

inolvidable respuesta del Bambino Veira al presidente del Cádiz: “Entiendo las crisis de un club, pero pedí un cuatro y me trajeron un pomelo”.

Hasta ahora, todos hombres. El fútbol es territorio de hombres. Y, si una mujer se atreve a pisar ese territorio, deberá soportar la desconfianza, la subestimación y una cierta molestia por participar de una fiesta a la que no fue invitada. En la recordada antología *Cuentos de fútbol argentino*, publicada en el año 2003, hay dieciséis autores hombres y tres autoras mujeres. Fontanarrosa lo destaca con su gracia habitual en un párrafo del prólogo que antecede a la antología: “Tanto que, vale consignarlo para evitar sorpresas, queridos aficionados al viril deporte del balompié, Inés Fernández Moreno, Liliana Heker y Luisa Valenzuela, han sido aceptadas en el panel siendo, como su nombre lo indica, mujeres”.

En medio de este clima inhóspito, aparecemos en la cancha nosotras, catorce jugadoras dispuestas a embarrarnos en textos relacionados con el fútbol, deporte que muchas veces nos apasiona, pero en el que tratan de hacernos

creer que estamos *de prestado*. Todas mujeres. Con un director técnico varón, Marcos Mayer.

Desconozco cuál habrá sido la relación personal de cada una de las escritoras que integran esta antología con el fútbol. La mía fue muy estrecha. Vengo de una familia donde el fútbol tenía un lugar central. Mi hermano, mi padre y yo éramos los tres de Independiente. A mi hermano lo entrenaron mis tíos desde los cinco años. En el patio de tierra que separaba mi casa de la de ellos, mis tíos lo ponían en un arco de tamaño excesivamente grande para él y pateaban a matar. Lo hacían tan fuerte que yo creía que lo iban a terminar lastimando, y cada tanto me quejaba. Pero mi hermano me hacía callar, para él cualquier pelotazo era poco, siempre pedía más. Los domingos se escuchaba fútbol en la radio. Y si la televisión transmitía cualquier partido, del equipo que fuera, se veía en el único televisor que había en la casa, no importaba con qué programa compitiera. Mi hermano terminó siendo un gran jugador aficionado de fútbol. El padre de mis hijos también lo es. Mi pareja es fanático de Racing, pero a

esta altura de la vida he asumido que ciertos defectos del otro no pueden modificarse, y la pertenencia a un club no puede modificarse sin el oprobio de ser considerado un traidor. Veo poco fútbol, pero sé qué es la ley del *off side*, aunque me gusta más decir *orsai*. Lavo las camisetas y los botines embarrados que traen mis hijos todos los fines de semana. Y las vendas, y las medias, y los pantalones cortos. Conservo en mi álbum de fotos una en la que estoy con Ricardo Enrique Bochini, el Bocha. En fin, entre tanta anécdota, seguramente hay material para escribir varias historias donde aparezca el fútbol. Siempre que, además de este deporte, la historia encierre un conflicto, personajes con carnadura, un tono singular, un lenguaje a explorar, habrá cuento de fútbol para ser contado.

Por eso esta selección, para encontrarnos con plumas femeninas que le den al deporte nacional un punto de vista peculiar, un sonido diferente, palabras que lo cuenten de otro modo. En esta antología hay distinta intensidad en cuanto al protagonismo del fútbol en la historia que se relata.

Hay cuentos en los que el fútbol es claro protagonista. Como “Matosas”, de Esther Cross, que describe un perfil inolvidable de esa mujer que sí fue personaje principal de este deporte. O el de Gabriela Saidon, “La voz del estadio”, un texto donde el fútbol se escucha durante toda la lectura, gracias a la voz radial que eligió la autora para contar la historia. O el de Ana María Shua, “Fútbol era el de antes”, que también se mete con el tema concreto, pero donde los jugadores no son hombres, sino mujeres que se dedican al fútbol. O “El silbato”, de Susana Szwarc, que hace jugar al fútbol a un pueblo entero.

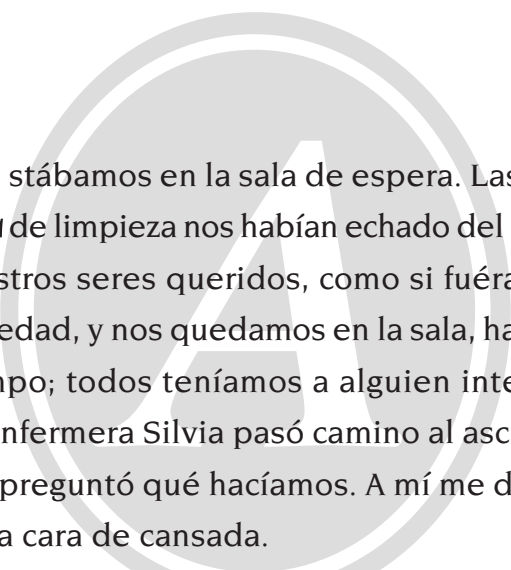
Pero también hay otros cuentos en los que el fútbol es una excusa para contar una historia donde el conflicto es personal, familiar o hasta social. “Poda”, de Débora Mundani, “La princesa enamorada”, de Alejandra Zina, y “El gol de la muerte según Clara Abel”, de Betina González, son dramas familiares que tienen al fútbol de telón de fondo. “Off side”, de Selva Almada, y “Alma negra”, de Alejandra Laurencich, son relatos en los que aparece un personaje

destacado: el entrenador del niño futbolista. “Cambiar de equipo”, de María Rosa Lojo, y “El Mundial y la patria”, de Sandra Lorenzano, son, además de otras cosas, historias de amor. “La guacha redonda” es un cuento con el sello de Gabriela Cabezón Cámara, historia personal, pero drama social al mismo tiempo. En “Patricio se bifurca”, Fernanda García Lao nos cuenta la historia de un hombre que puede ser muchos. Y el mío, “La madre de Mariano Osorno”, que no es más que un intento de hacerle un homenaje a Roberto Fontanarrosa, el verdadero dueño de esta pelota, que hablaba de fútbol aunque estuviera hablando de mujeres, amigos, barrio. Y viceversa.

MATOSAS
Esther Cross







Estábamos en la sala de espera. Las chicas de limpieza nos habían echado del lado de nuestros seres queridos, como si fuéramos la suciedad, y nos quedamos en la sala, haciendo tiempo; todos teníamos a alguien internado. La enfermera Silvia pasó camino al ascensor y nos preguntó qué hacíamos. A mí me dijo que tenía cara de cansada.

Nunca la habíamos visto con ropa de calle. Su pelo suelto y ralo dejaba traspasar la luz. Se tomaba el franco de fin de semana. Tendría que haber salido por atrás. Quizás había mucho tráfico en los ascensores de ese lado. Silvia apoyó su bolsa de nylon en el piso para abrocharse la campera. Salió rodando un paquete de

Porteñitas. Dijo que tenía que ir a la modista, a buscar el vestido de quince de su sobrina.

–Bueno, gente, que les sea leve –dijo.

Daba un poco de miedo y pena ver a los que se iban. Le deseamos buen fin de semana. El ascensor no venía, se había parado en el tercer piso. Un chico de suéter celeste entró y se sentó. Era nuevo, tenía los formularios de la administración en la mano, recién había hecho los trámites, a quién habría traído. Llevaba un libro de Química. Le di la bienvenida, con la contradicción que eso implicaba.

Oímos una puteada proveniente del fondo del pasillo.

–Es la Gorda Matosas –dijo Silvia–. Está en el cuarto del fondo. No me digan que no sabían.

Fabio, el remisero que tenía al padre internado, se puso muy contento porque era de River. Estaba con el amigo que lo acompañaba siempre y también celebró la información. Decían “no te puedo creer”. El triunfo de River en la Libertadores era el tema fijo del remisero y su amigo. En la sala y a veces en el patio, cada vez que los encontraba, hablaban de lo mismo. Un

día se dieron cuenta de que estaba preocupada y me hicieron la concesión. El remisero me dijo “quedate tranquila”, y su amigo asintió, garantizándome la calma. Mataban el tiempo hablando de Burgos, de Francescoli y el lucimiento de Crespo. Ahora miraban a la enfermera Silvia, fascinados por la noticia.

Había un jubilado que cuidaba a su mujer, operada del intestino. Preguntó quién era la Gorda Matosas, pero afectaba la ignorancia, obviamente, para llevar la contra, un poco por carácter y sobre todo porque era de Boca.

–Hace tres meses, con los pulmones a la miseria, la Gorda se fue a Chile a ver a River. Volvió destruida, la internaron, se escapó para ver el desempate en el Monumental. Tiene los pulmones a la miseria –nos contó la enfermera.

El jubilado dijo:

–La pasión por River reventó a la pobre.

–No crea. La hubiera visto el otro día cuando River ganó la Libertadores. Revivió. No podíamos tenerla quieta en la cama. Y ahora la mantiene viva la obsesión de volver al Monumental –le contestó Silvia al viejo.

–Es lo que te decía –porfió el hombre–.
River es dañino.

No sabíamos que ese hospital pudiera hospedar a un famoso de la magnitud de Matositas. El verdadero nombre de la diosa espiritual y física de la hinchada millonaria había quedado oculto, todo ese tiempo, por su alias, Gorda Matosas, que con los años se había convertido en su auténtica identidad. La Gorda había absorbido el nombre de un famoso jugador de los sesenta, que le había regalado su casaca para darle el gusto. De tanto verla con el 6 y el nombre Matosas en la espalda, terminaron por llamarla Gorda Matosas. Estaba ingresada en el hospital como Haydée Martínez, su nombre en los documentos, pero respondía al nombre de Gorda Matosas.

–Ella inmortalizó el apellido Matosas. Roberto Matosas le dio el apellido, pero lo glorificó ella y terminó siendo más famosa que él –dijo Silvia–. Igual, Matosas es un genio, se la banca. Ahora le preguntan si es algo de la Gorda y no le molesta, al contrario –dijo la enfermera.

Hacía días que yo sospechaba que había algún capo del deporte en nuestro piso y lo dije

en ese momento. Desde el cuarto de mi madre a veces oíamos las voces de *Locos por el Fútbol* y a nosotras no nos dejaban ni subir la radio. Una vez me pareció ver a Fillol. A lo mejor había ido a visitarla.

–Fillol no era, seguro –me dijo Silvia–. La Gorda dice que le vendió un billete de lotería ganador y que Fillol no se lo pagó.

–Mirá si Fillol le va a deber plata a una persona de esa ralea –dijo el jubilado.

–Ella está convencida y lo persigue. Fillol no va a venir a meterse en la boca del lobo –dijo Silvia.

–Más lobo que Boca, en realidad –dijo el chico nuevo.

–Lobo tampoco –dijo Silvia.

El fútbol minaba la conversación. Tomabas un camino y enseguida pisabas terreno sensible. Pasamos las Porteñitas de la enfermera. La tarde venía bien. Si no había una desgracia mayor, ya nos parecía un buen día.

Silvia me dijo que en todo caso me habría parecido que era Fillol. Dijo que ahora íbamos a empezar a ver jugadores de River por todo

el hospital. Se lo dijo al chico nuevo. Le dijo “viste cómo es la gente”, refiriéndose a nosotros, como si no estuviéramos delante.

El remisero aprovechó un silencio para hablar. Dijo que la Gorda Matosas era una gran mujer.

–Ama a River con locura. Dio todo por River –dijo–. Me acuerdo de la primera vez que la vi. Fue en el hall del Monumental. Vendía billetes de lotería. Hablaba con Mostaza Merlo. Tenía un olor a pucho impresionante.

Su amigo también ubicaba perfectamente bien a la Gorda Matosas:

–Es un ícono de la deformidad, tanto que para insultar dicen estás como la Gorda Matosas, y en realidad no es tan gorda.

Su comentario dio pie a una discusión sobre el concepto de gordura, que conmutamos por el de fortaleza cuando el remisero recordó el día en que la Gorda Matosas se robó la bandera de Boca. Había salido en revistas y diarios, emperrada, tirando de un extremo de la insignia xeneize.

El amigo del remisero contó que una vez retiraron a la Gorda de la Bombonera en una camilla. Nos reímos. El chico nuevo no se reía tanto.

Silvia sacó de la bolsa una foto de revista que le había dado su hermano. En el centro estaba la Gorda Matosas. Posaba de mocasines, medias tres cuartos, casaca, gorrito de pescador. La acompañaban dos hombres de frac.

–Voy a pedirle a la Gorda que me firme la foto para dársela a mi hermano, él se sabe toda su historia –dijo.

Entonces conté que una vez vi a la Raulito caminando por Constitución. Sentía la bajeza de mi lugar común y había tratado de resistirlo, hubiera querido aportar algo mejor al grupo, sobre todo al remisero, a quien no iba a gustarle la mención de la contra boquense, pero era lo que había y fue más fuerte que yo.

Había sido una noche de invierno. Yo había ido a la Capital y giraba por la zona. La Raulito caminaba apurada por Martín García. Tenía una campera polar y saludaba a la gente por la calle, todos la conocían. Era la época en que vivía en

el Moyano, en Brandsen y Vieytes. La vi por Martín García y más tarde la vi, más lenta, por Plaza Constitución. Alguien iba a nombrar a la Raulito y lo hice. Decías Matosas y Raulito era la masa del iceberg. Decías Raulito y avanzaba la imagen de la Gorda.

–La Raulito tiene su película, con Marilina Ross –dijo el jubilado para darle supremacía a la boquense.

–Y sí, tiene una vida más de película –le contestó el remisero–, más policial, con todas esas entradas en la cárcel.

Por suerte el remisero frenó ahí, no se dejó llevar por las provocaciones venenosas del jubilado.

Recordamos cuando las dos fanáticas fueron al programa de Susana Giménez. Terminaron a los insultos. La Gorda quería pegarle a la Raulito con ese paraguas rojo y blanco que tenía.

–Es su arma intimidatoria. Hace justicia con el paraguas. A Nimo lo atacó en el césped –contó, emocionado, el remisero.

–Yo me quedo con las chicas de los equipos de fútbol americano. El lomo que tienen

esas pibas –dijo su amigo–. Le suben el ánimo a su equipo.

–Y la gordita se lo baja al rival. Les hace señas de pito corto –dijo el remisero, haciendo la mímica–. Cuando le cantaban “La Gordita, la Gordita, la Gordita adónde está / la busca San Lorenzo para cogérsela”, no llamaba a la policía ni a Defensa de la Víctima, como harían esas huecas, se paraba en el borde de la tribuna, y se cacheteaba las nalgas, desafiante. Qué maestra. Durante años fue la encargada de largar los chanchos en el césped, cuando jugábamos con los ídem. Es una gran tipa, una gran hinchita y una gran gordita.

–Ahora no está gordita –dijo Silvia.

Se me puso la piel de River.

Pero el remisero había evolucionado en la conversación y estaba en su propio canal mato-sístico. Cuando nos dejaran pasar a los cuartos iba a contarle al padre que la Gordita estaba ahí. Pensar que el padre empezó a llevarlo a la cancha de chico, se sentaban cerca de la Gordita, decía.

–Nos protegió de la escoria hostil a River –dijo.

La Gorda se había bancado diecisiete años malos con River, levantando la moral de hinchas y plantel. En los peores momentos, estaba, siempre. Ahora, se había bancado la epopeya de la Copa de América, alentando en persona o desde su cama. Eso era lealtad. Su fidelidad había llegado al extremo de hacer un sacrificio de lenguaje. Jamás decía la palabra “boca”, en ninguna variedad, ni con b larga o corta.

–Dice “yeta” en vez de “boca” –contaba el remisero–. Dice que en su yetabulario, cruza la yetacalle y que a ella nadie la proyeta.

El chico nuevo dijo que volvía más tarde, agarró su libro de Química y se fue.

Silvia dijo:

–Ahora me doy cuenta de todas las veces que decimos boca. Piénsenlo.

–La yeta se te haga a un lado –dijo el remisero.

–Al final se va a dar el gusto –dijo Silvia–. Esta mañana el doctor Leiva me dijo: “Silvia, desgraciadamente, Matosas no va a volver al Monumental”. Pero la Gorda pidió que tiren sus cenizas en el estadio, así que va a volver.


Después Silvia guardó sus cosas en la bolsa. Mientras hablamos había sacado galletitas, caramelos, pañuelos de papel. La modista quedaba en la 44, entre 8 y 9, y se le había hecho tarde. A lo mejor le hacía el favor y le abría la puerta igual.

–Podemos comprar esmaltes rojo y blanco y el lunes le pinto las uñas de River, como le gusta –nos dijo Silvia y empezó a recolectar los fondos–. Me dijeron que, cuando entró, tenía hasta la bombacha con el escudo del equipo.

Salieron las chicas de limpieza con sus lampazos y sus baldes. Nos levantamos para entrar, pero nos mandaron de nuevo a la sala, estábamos en posición adelantada. Silvia agarró sus cosas y se fue. El jubilado bajó al kiosco, de paso recibía al hijo, que estaba por llegar. En la sala de espera quedamos el remisero, su amigo y yo haciendo tiempo tranquilos, hablando de la Gorda Matosas.

Dios la tenga en la cancha.

ÍNDICE



PRÓLOGO	
<i>Claudia Piñeiro</i>	7
MATOSAS	
<i>Esther Cross</i>	17
FÚTBOL ERA EL DE ANTES	
<i>Ana María Súa</i>	31
LA VOZ DEL ESTADIO	
<i>Gabriela Saidon</i>	47
EL GOL DE LA MUERTE SEGÚN CLARA ABEL	
<i>Betina González</i>	69
LA GUACHA REDONDA	
<i>Gabriela Cabezón Cámara</i>	83
OFF SIDE	
<i>Selva Almada</i>	99

ALMA NEGRA

Alejandra Laurencich 115

LA PRINCESA ENAMORADA

Alejandra Zina 135

LA MADRE DE MARIANO OSORNO

Claudia Piñeiro 149

EL MUNDIAL Y LA PATRIA

Sandra Lorenzano 169

PODA

Débora Mundani 181

CAMBIAR DE EQUIPO

María Rosa Lojo 197

EL SILBATO

Susana Szwarc 213

PATRICIO SE BIFURCA

Fernanda García Lao 229

